LIBRO QUINTO

FISIONOMÍA PASIONAL

CAPITULO PRIMERO

LAS RAZAS HUMANAS.

Aunque murieran por ello de dolor el animismo y el espiritualismo, no podrán negarse las relaciones existentes entre el alma ó espíritu, y el cuerpo. Dado el órgano, dada la función.

Ahora bien, hemos visto ya que sentir y pensar son funciones esenciales del cerebro. Sabemos también que la energía de una función está rigurosamente enlazada á la perfección del órgano.

Es asimismo incontestable que esta perfección, más ó menos grande, es la resultante de dos elementos: el volumen, por una parte, y por otra la vitalidad, es decir, la energía del movimiento nutritivo. Exceptuamos los casos patológicos.

De estos dos elementos de la vida cerebral, el uno es bastante fácil de determinar, de estudiar. El otro parece enlazado, sobre todo, á la noción de temperamento, de la cual nos ocuparemos más adelante.

La fisionomía es, pues, una ciencia posible. Lógico es, por tanto, trabajar para su realización, guardán-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

dose empero de imitar en nada el método caprichoso de Lavater, y teniendo sumo cuidado en rechazar despiadadamente su *iluminismo*.

Pero si bien es verdad que la fisionomía es una ciencia posible, no lo es menos que aun está por empezar.

Sin embargo, la antropología nos permite ya formular algunas proposiciones generales que pueden servir de fundamento y de plan á la futura ciencia. Pero dejemos aparte al hombre por breves instantes. Dirijamos una mirada á la ramificación de los vertebrados desde el punto de vista de las relaciones de la inteligencia y del sistema nervioso. Si bien diferentes por los detalles, en cada familia, en cada género el plan general es el mismo y los individuos son perfectaemnte comparables entre sí. Cuanto más uno se eleva, tanto más las células nerviosas se agrupan en grandes masas, tanto más se condensan, y el desarrollo intelectual se acentúa al mismo tiempo más y más, proporcionalmente á la coalescencia y al volumen de los ganglios de los centros nerviosos.

Ahora bien, cualquiera que sea la idea que se tenga acerca la esencia y el origen del hombre, por metafísica que sea, no puede negarse que desde el punto de vista puramente orgánico el hombre es un animal vertebrado. Las observaciones generales que dejamos hechas son, por lo tanto, aplicables al hombre, y este rey de la naturaleza terrestre, tan admirable á veces, tan tontamente vanidoso casi siempre, puede muy bien en anatomía comparada admitir que se le compare al mono; puesto que los centros nerviosos simios difieren mucho menos de los humanos que los del mono de los correspondientes á los demás mamíferos.

Téngase entendido que al hablar del tipo humano, nos referimos al más perfecto, ó sea al del Indo-Germano. Pero las demás razas humanas distan de ser equivalentes desde este punto de vista y así vemos el tipo humano degradarse ó ennoblecerse á medida que se desciende del blanco al australiano ó se eleva de este último al Indo-Germano.

Resumamos brevemente los caracteres comparados de las razas extremas, cuyo valor intelectual, así como

sus tendencias nutritivas y morales, son perfectamente conocidas.

En fisionomía todo tiene su importancia y su significación, pero nosotros no debemos, por ahora, ocuparnos sino de los grandes resultados que dominan y acarrean todos los demás.

Comparemos el tipo humano más aproximado al simio, el australiano, al tipo actualmente más perfecto, el Indo-Germano. Este difiere del mono en mil caracteres de fuerza, nobleza é inteligencia; pero en cambio, ¡cuánto se le parece al otro!

Por término medio, el Indo-Germano tiene un cerebro de 1,534 gr.; el del australiano pesa tan sólo 1,228 gr. (Morton), mientras el negro de Africa, cerebralmente intermediario, tiene unos centros nerviosos cuyo peso se eleva á 1,371. Comparando las superficies craneanas del europeo y el negro, se obtiene naturalmente un resultado análogo; el promedio de la superficie craneana en el hombre europeo es de 59,305 milímetros cuadrados, en tanto en el negro es solamente de 53,206. Las superficies comparativas de la negra y la mujer europea, dan en ésta 53,375 y en la primera 49,868.

Pero como ha dicho muy bien Gratiolet, la forma domina el fondo, y esta diferencia de 300 gramos adquiere mucha mayor significación cuando se nota que en el negro la masa cerebral se agrupa sobre todo hacia el occipucio, mientras que en el blanco se comprime en los lóbulos frontales, en *la flor del cerebro*, como les ha llamado el mismo autor.

Así, mientras la superficie de la vértebra frontal es en el negro de 7'7 relativamente al total de la superficie craneana, en el blanco es de 9'7. Para la vértebra media las cifras son: 75'7 en el negro, 72'7 en el europeo.

Finalmente, igual comparación con respecto á la vértebra occipital da por resultado 27'3 en el europeo y solamente 24'3 en el negro.

Estas mismas cifras no expresan sino una parte de verdad, puesto que en el blanco los bordes de los lóbulos frontales sobrepujan notablemente los del hueso frontal (Broca).

Téngase presente que estos datos están tomados te-

niendo como punto de comparación el negro africano, muy superior á sus pobres hermanos de Ausralia.

Indiquemos rápidamente algunos otros caracteres. El principal de ellos, correlativo con el poco desarrollo cerebral, es la salida de los maxilares y de los dientes, el prognatismo, del cual resulta un ángulo facial tanto más pequeño cuanto más atrasado está el desenvolvimiento del cerebro y más desarrollado el aparato de la masticación. El promedio de este ángulo viene á ser de 70 grados en el negro de Africa y 65 en el Nuevo Caledonio, siendo mucho menor aun en los australianos.

Si en vez del ángulo facial de Cámper, cuyo valor es á menudo criticable, tomamos un ángulo cuyo vértice esté en el conducto auditivo, la extremidad de uno de sus lados en el sincipucio (punto de unión del ángulo superior del hueso frontal y de los ángulos anteriores superiores de los parietales), terminando el otro lado por encima de la raíz de la nariz, en el punto medio del plano de las bóvedas orbitales y separando la cavidad craneana de la cara, veremos que las variaciones de este ángulo *auriculo-craneano* indicado por M. Broca, y que corresponde con bastante rigor al desarrollo de los lóbulos frontales, son mucho más significativas todavía que las variaciones del ángulo facial de Cámper, como lo demuestra la siguiente tabla:

Angulo frontal.

Cráneos antiguos de la Cite (del siglo XII al menos)	55°,35
Cráneos de los Inocentes (época intermediaria)	56°,6
Cráneos del siglo XIX	57°,7
Cráneos vascos modernos	54°,4
Negros	54°

Debe tenerse presente que los ángulos excepcionalmente pequeños (menos de 52 grados), son muy comunes entre los negros, los vascos y los antiguos parisienses y, por el contrario, bastante raros en los cráneos del cementerio de los Inocentes, sin que se encuentre ninguno entre los del siglo XIX; en cambio, los ángulos excepcionalmente grandes (más de 66 grados) son en número de 2 por 100 en los vascos, de 3 en los negros, de 4 en los antiguos parisienses, de 11 en la segunda época y de 16 en la actual.

En el negro la región inferior de la cara es muy desarrollada, los músculos masticadores y temporales fuertes, la bóveda craneana muy á menudo en forma de espalda de asno (Caledonio).

El cráneo cerebral es estrecho y prolongado sobre todo en la región del occipucio, mientras que en el blanco, cuando existe, es frontal (Gratiolet).

En el negro, las suturas craneanas fronto-parietales son las primeras en soldarse durante la juventud; en el blanco sucede precisamente lo inverso.

Omitimos, por lo muy conocida, la conformación de las facciones, de la nariz, de los labios, etc.

Diferentes rasgos anatómicos recuerdan todavía al mono, puesto que la marca de inferioridad es visible en todo el organismo; la columna vertebral es poco encorvada, el bacinete prolongado y estrecho, el húmero y el fémur más cortos que en el blanco; sin embargo, este último carácter se encuentra á faltar en el Nuevo Caledonio (Bouargarel).

La pantorrilla es poco desarrollada; algunas veces, como se observa en los australianos, falta completamente. El pie es largo y plano, el calcáneo saliente.

Las espaldas son poco desarrolladas, la caja torácica lateralmente aplanada. Las glándulas abdominales son enormes (hígado, cápsulas supra-renales), lo mismo que otros órganos cuyo nombre no puede escribirse sino en un tratado de anatomía.

El ombligo está próximo al pubis como en el niño europeo.

Por otra parte, si se compara el niño europeo con el negro se observa en ellos una conformación cerebral muy análoga. Los dos tienen una dolicocefalia occipital sumamente declarada. Las circunvoluciones son en ambos menos desarrolladas, la capa cortical gris menos espesa; los nervios más voluminosos relativamente á los centros nerviosos. Sólo que esta conformación, transitoria en el niño blanco, persiste en el negro y se acentúa tanto más cuanto el individuo se aproxima á la edad adulta; el negro recién nacido no es todavía prognato.

Todos los antropólogos afirman que el cráneo y el

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

cerebro están en la negra mucho más imperfectamente desarrollados que en el negro. En la negra de Africa la superficie craneana desciende á 49'868 milímetros cuadrados.

El cerebro de la mujer europea en su promedio es aproximadamente el del negro. En la mujer, lo mismo que en el negro de Africa, los lóbulos parietales son salientes. El cráneo es *parietal*, según la expresión de Gratiolet. Las mediciones de Huschke arrojan para la superficie de la vértebra frontal en la mujer blanca, relativamente al resto del cráneo, una cifra algo inferior á la misma superficie relativa en el hombre blanco. Pero en la mujer blanca, como en el negro, la vértebra media predomina sobre las demás y las dimensiones relativas son muy aproximadas: 75,4 en el negro, 74,1 en en la europea. Estas dos últimas superficies son asimismo comparables absolutamente, puesto que la superficie craneana total es, en el negro, 53,206, y en la mujer europea, 53,375 (promedio). «El negro es al hombre blanco, dice M. Pruner-bey, lo que la mujer europea es al hombre.»

Esta observación, verdadera anatómicamente, lo es mucho más todavía si se comparan las tendencias morales é intelectuales.

El negro, añade M. Pruner-bey, cuyos asertos son confirmados en todo por las relaciones de los viajeros africanos, Speke, Baker, etc., tiene como caracteres morales dominantes: la sensualidad, la tendencia á la imitación servil, la falta de iniciativa, el horror á la soledad, el amor desordenado por el canto, la danza, la movilidad.

Todos los viajeros han notado en él una gran afición al oropel y á ataviarse, como también una viva inclinación por la música.

Téngase presente que nos referimos al negro de Africa, al rey de la raza negra; pues por lo que respecta al de la Australia, es mucho menos inteligente, está casi por completo dominado por las necesidades nutritivas y absolutamente desprovisto, ó poco menos, de tendencias artísticas.

El negro de Africa, según M. Pruner-bey, es un ser atractivo, un ser favorecido; pero los sentimientos afectuosos son casi desconocidos para el Nuevo Caledonio, absolutamente extraño, según M. Bourgarel, al reconocimiento, á la abnegación, feroz, pérfido, sin moralidad alguna, horriblemente licencioso (sodomita), que nunca sonríe, que ahoga á sus enfermos, antropófago, etc.

El australiano, menos desarrollado todavía que el Nuevo-Caledonio, no vive en tribu; no sabe edificarse una mala choza ni contar sino hasta dos; desentierra los cadáveres para devorarlos, y no vacila en comerse á su mujer ó á sus hijos en caso de escasez.

Estos hechos tienen una gran significación que sería absurdo negar, mucho más cuando la observación individual de los blancos la corrobora.

El cerebro es generalmente menos desarrollado en los hombres del pueblo que en las clases medias más ó menos ilustradas (Parchappe), siendo enorme en los hombres de una inteligencia verdaderamente superior (Cuvier, Cronwell, Dupuytren). M. Broca ha encontrado asimismo, midiendo los cráneos de los antiguos cementerios parisienses, que el desarrollo craneano era mucho más débil en los cráneos exhumados de la fosa común. Por otra parte, el idiotismo coincide siempre con una detención del desarollo cerebral, sobre todo de los lóbulos frontales.

En general, cuantas veces en un hombre blanco la forma del cráneo y de la cara se aproxime á las formas etiópicas, se le puede suponer una inteligencia inferior como su tipo físico.

Esta proporción, generalmente cierta, no tiene, sin embargo, un carácter riguroso.

Según la observación de Gratiolet, el idiota tiene algunas veces el hueso frontal levantado. Según este observador, la verdadera medida del lóbulo frontal sería el ángulo formado por las suturas transversales frontales y la línea facial. Este ángulo, que en el blanco normalmente constituído es de 30 á 35 grados, descendería en el cafre á 25, para desaparecer enteramente en el alfuru y el australiano y en la mayor parte de los idiotas. Pero se ofrece el obstáculo de que no hay medio alguno para poder medir este ángulo en el ser viviente. Aunque se tenga una frente muy inclinada dicho ángulo

puede ser sumamente grande. En este caso el fontal inclinado puede rechazar hacia atrás las vértebras posteriores, la escama occipital; de lo cual dimana la consecuencia paradójica de que la prominencia del occipucio puede indicar un gran desarrollo de los lóbulos frontales. Así, inversamente, en el mono el occipucio es plano, aunque los lóbulos occipitales no estén atrofiados, muy al contrario, puesto que invaden toda la región posterior de la caja occipital, ocupada en el hombre por los pliegues de traslación de los lóbulos frontales. Estamos conformes, pero aquí, á pesar del aplanamiento del occipucio y del desarrollo de los lóbulos occipitales, el frontal no está levantado y, por tanto, nada hay que justifique la paradoja anatómica anteriormente mencionada.

Pero el mismo Gratiolet considera estas anomalías como puras excepciones, siendo la observación general incontestablemente cierta.

Entre las razas extremas, únicas de que nos hemos ocupado, vienen comprendidos los tipos intermediarios, el polinesio, el americano, el mongol, etc. Nos hemos limitado á mencionarlos únicamente, pues no queremos salir del terreno de las generalidades, cosa hoy admitida y casi obligada, cuya insuficiencia nos es perfectamente conocida, puesto que las inclinaciones en general, y sobre totdo las inclinaciones artísticas, morales é intelectuales, son extremadamente variables. ¿Cuál es el signo fisionomónico de cada una de estas variaciones imperceptibles, de cada uno de estos diversos matices? No están todavía determinados, y nos vemos obligados á contentarnos con formular las siguientes poposiciones generales, ciertas en la mayor parte de casos:

1.º El vigor de las inclinaciones nutritivas está en relación con el desarrollo predominante de los lóbulos occipitales, del cual resulta, ordinariamente, el aplanamiento del frontal, la prominencia del occipucio, una tendencia al prognatismo, los labios abultados, etc.

2.º Por el contrario, la energía de las propensiones intelectuales está en relación con la amplitud de los lóbulos frontales, y, por consiguiente, el frontal es proporcionalmente más vasto, más curvo, más levantado.

3.º Por exclusión, y teniendo en cuenta el desarrollo

de los lóbulos parietales ó de las regiones cerebrales parietales, puesto que el lóbulo se limita mal; teniendo asimismo en cuenta el desarrollo relativamente grande de esta región en el negro de Africa y en la mujer europea, se siente la inclinación á medir las propensiones llamadas morales ó afectivas con arreglo al desarrollo de las regiones laterales del cerebro.

Pero, ¿y las tendencias verdaderamente especiales, las que hacen de un hombre un gran poeta, de otro un gran matemático, de tal otro un inspirado artista? A esto hay que contestar que está aún por nacer la ciencia fisionómica, á pesar del vigoroso ensayo de Gall; la localización científica, hecha hace poco, es la del lenguaje. Pero no importa; puesto que el principio es verdadero, dejemos á cargo del tiempo y de la observación lenta hacer lo demás. «Si todo está en la masa, siendo el resto idéntico, la carpa, dice Gall, construirá un poco, como el castor; la rana cantará un poco, como el ruiseñor; los delfines y marsupiales tendrán su filosofía mejor que la de M.M. Jourdan y Berard, pues la masa centralizada del cerebro de estos sabios es sobrepujada por la masa cerebral de los metafísicos del Océano.»

Pero el peso y la forma del cerebro no son única y exclusivamente los que deben tenerse en cuenta: la energía vital priva sobre la forma misma, como dice Gratiolet, y esta es, sobre todas, la razón que debe dar al fisionomista la prudencia de la serpiente.

¿Hay algún medio de medir esta fuerza, de adivinar según los caracteres exteriores la potencia del movimiento nutritivo íntimo? Creemos que la tan antigua noción de temperamento, podría derramar alguna luz acerca de este particular, que no porque nuestros padres hayan tronado mucho contra ella merece el olvido casi absoluto en que se le ha sepultado.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

CAPITULO II

DE LOS TEMPERAMENTOS Y SU INFLUENCIA EN LAS PASIONES.

En su bellísimo *Tratado de patología celular*, Virchow, admite alrededor de cada una de las unidades cuya suma compone el cuerpo humano, un territorio celular, una zona de acción. Es evidente, por lo tanto, que un grupo de células yuxtapuestas y análogas, debe ejercer una acción colectiva, federativa, equivalente á la suma de energías parciales, irradiando sobre los demás grupos. Todos los tejidos deben, pues, reaccionar unos sobre otros.

Pero en los animales superiores hay un tejido, sobre todo, dotado de una gran fuerza de acción, el tejido nervioso: fibras y células. Asimismo, á su vez, los otros tejidos reaccionan sobre él; mas en el estado normal sufren ordinariamente su yugo. Así para el patólogo, el fisiólogo, y, sobre todo, el psicólogo, este tejido, que centraliza la fuerza vital, es el más importante de estudiar, puesto que es, en su núcleo principal, el asiento de los fenómenos de conciencia; el órgano de las facultades. El antiguo enigma del alma va aclarándose cada día más. Hoy podemos, con el Dr. Louis, seguir las sensaciones, las impresiones nutritivas y sensitivas de su origen, que es la incitación de una ó varias de las innumerables fibras nerviosas periféricas, hasta la red de las células conscientes, multipolares, que unidas entre sí y con el resto del sistema nervioso, forman la capa gris cortical de los pliegues externos del cerebro. Vemos estas incitaciones, modificadas, particularmente durante su trayecto

por los centros celulares secundarios, por un gran receptor común intermediario (lóbulos ópticos), terminar por fin en las más pequeñas células de la substancia gris; células análogas á las sensitivas de la médula y probablemente asiento de la sensibilidad consciente. Después, la incitación, atravesando la red celular, llega finalmente á las más grandes células multipolares, análogas á las motrices de la médula y asiento probable de las voliciones, para de allí radiar á lo largo de las fibras eferentes hacia los músculos, y hallar nuevamente en su trayecto un receptor común especial (cuerpo estriado). Falta, únicamente, subdividir las células corticales. Ahora bien, entre las pequeñas células de la sensibilidad consciente y las grandes células llamadas de las voliciones, es indispensable que exista un aparato celular verdaderamente centralizador en el seno del cual se operen los actos intelectuales. Hemos de atribuir este papel á las células corticales intermediarias por su posición y su volumen, que enlazan las pequeñas células á las grandes.

Para la psicología positiva, que procura no perder nunca de vista las relaciones de lo físico y lo moral, el agente y el acto, el tejido nervioso es el tejido por excelencia; tanto, que para conocer el temperamento de un hombre, es decir, *la energía de su fuerza vital*, para juzgar de su valor individual, idiosincrásico, bastaría poder medir exactamente en él la fuerza nerviosa en sus diversos modos de acción y reacción, combinándola con la noción de volumen de los centros nerviosos.

Un día, la ciencia, provista de estas indispensables nociones, podrá explicar exactamente el código de las leyes vitales y cerebrales; pero hoy la imperfección de nuestros conocimientos nos obliga á no hacer sobre esta importante cuestión más que inducciones inciertas, basadas en hechos particulares, sobre caracteres groseramente aparentes. Sin embargo, estos lijeros bosquejos nos permiten responder aproximadamente á algunas importantes cuestiones de que nos vamos á ocupar.

II

¿Tienen los individuos y las razas caracteres morales bien delineados y bastante análogos, que permitan

una clasificación de los hombres—refiriéndose tan sólo á los blancos—sobre esta sola base?

Desde Hipócrates hasta nuestros días, todos los que han observado á los hombres les han clasificado según los datos psicológicos únicamente, y, cualquiera que fuese su teoría explicativa, casi todos se han dado la mano para formular las mismas conclusiones. ¿Es preciso ver en esto una imitación servil, la antigua antigua historia de los carneros de Panurgo? No, puesto que con fijar tan sólo nuestras miradas en derredor nuestro, nos convenceremos de que apenas han variado los grandes rasgos morales del hombre desde el origen de las ciencias antropológicas, y que hoy, como en tiempo de Hipócrates, existen cuatro tipos principales:

I. Hombres de impresionabilidad tardía, de imaginación débil, difíciles de conmover y que guardan muy poco tiempo la impresión moral. En ellos todos los actos cerebrales llevan impreso un sello de lentitud extrema. No esperéis de su parte un esfuerzo intelectual, violento, enérgico, un gran dispendio instántaneo de fuerza cerebral. Pero si bien son tardíos en obrar, en revancha, raras veces sienten laxitud, enojo durable, y difícilmente se apartan de la senda que se han trazado ó que otros les han impuesto; nada tiene poderío sobre ellos y su más cruel enemigo es la apatía de su naturaleza. Sus afecciones son tibias; los grandes sacrificios, las grandes virtudes, lo mismo que los grandes crímenes, no les son propios. Pero cuando su inteligencia y su razón están bien desarrolladas, como ningún sacudimiento viene á perturbarlas, gozan de una invariable rectitud y les dirigen acertadamente en el transcurso de su existencia.

Aptos para la vida, á nadie atacarán sino son atacados; confórmanse siempre con las leyes de su país y con las exigencias sociales, aprecianles los déspotas; y haciendo siempre lo extrictamente necesario, evitan los grandes reveses, pero tampoco alcanzan grandes fortunas.

Su poca excitabilidad cerebral, su falta de empuje, les hace esclavos del sueño, de la necesidad de reposo.

Siendo el rasgo dominante de su carácter una débil impresionabilidad, su nombre psicológico debe ser: *los apáticos*.

II. Otros hombres nos ofrecen rasgos diametralmente opuestos. Son impresionables de la cabeza á los piés: todo les conmueve, les agita; todo les hace gozar ó sufrir. En ellos, la acción nerviosa es rápida, enérgica; pero esta impresionabilidad, que nunca reposa, da á su carácter una movilidad excesiva. Sus facultades intelectuales, aun en el caso de ser sumamente desarrolladas, no pueden fijarse mucho tiempo sobre el mismo objeto; carecen por completo de fuerza de atención. Una impresión alcanza la otra y la sucesión no interrumpida de emociones convierte en casi inútil su inteligencia. Su imaginación es ardiente; las ideas-imagénes tienen en ellos su color propio; la inteligencia las agrupa fácilmente, pero obedeciendo, casi siempre, al impulso de la pasión que en aquel momento les domina y no á la fría razón.

Estos son, generalmente, capaces de un acto vigoroso, siempre que éste sea ejecutado al momento, es decir, inmediatamente después de la excitación; pues siendo ésta de duración muy corta, no hay consecuencia alguna en sus ideas.

No esperéis de ellos una serie de esfuerzos enérgicos dirigidos mucho tiempo á un mismo objeto: un gran descubrimiento, una obra importante. Sólo de momento, por medio del primer impulso, necesitan realizar su fin, el cual alcanzan algunas veces.

Desgraciado será el Estado ó negocio importante que les tenga por guía; pero si su inteligencia es poderosa, pueden, en cambio, alcanzar un éxito brillante en la literatura poética, en las artes y, especialmente, en la música; puesto que, una vez percibida la impresión poética, no hay necesidad de largos y constantes esfuerzos para fijarla en una estrofa brillante ó en un motivo melodioso. La pintura y la escultura, que exigen un trabajo mucho más largo para materializar la impresión, serán mucho menos de su dominio. Entre ellos se producirán con mayor frecuencia los Mozart y los Rossini, que los Poussino y los Miguel Angel.

Todas las partes de su ser están unidas por una

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

estrecha simpatía, sobre la cual influyen el más ligero desorden, la más débil excitación.

Decir que rara vez están sosegados, es lo mismo que afirmar que sus juicios son á menudo falsos.

En ellos, las necesidades nutritivas tienen poca energía; en cambio, están siempre ávidos de impresiones morales. Duermen poco y mal. Los placeres de la mesa les atraen mucho menos que los del amor.

Les llamaremos: *los sensitivos.*

III. La tercera clase se compone de hombres dotados de una impresionabilidad menos desarrollada que la de los precedentes, pero muy viva aun. Su imaginación es, por lo general, ardiente; su carácter vigoroso, pero en extremo inconstante.

El acto sigue rápidamente la orden de la voluntad, la *volición* de los psicólogos.

Todos los actos vitales se ejecutan en ellos fácilmente, de lo que resulta una gran propensión á la alegría, expresión de un bienestar permanente. Raras veces se ven atacados de aquellas tristezas sin causa alguna aparente, ecos de una nutrición penosa, tan comunes en los sensitivos.

Sus necesidades nutritivas son fuertes y tiránicas, de lo que resulta una gran propensión á los placeres del amor y de la mesa.

Siendo los hombres de este tipo sumamente excitables y teniendo conciencia de su vigor, son, por lo general, animosos, frecuentemente pendencieros, activos, emprendedores en su juventud. Podría formarse con ellos un excelente ejército de voluntarios.

Duermen en igual proporción que comen y beben, es decir, mucho y fácilmente.

Su vida moral es menos activa que la del sensitivo, pero en cambio tienen más perseverancia, aunque muy raras veces sea en ellos esta la cualidad dominante. Son violentos, irascibles, pagados de sí mismos: por consiguiente, inclinados con exceso al amor propio.

En resumen: poned una sordina á la impresionabilidad moral, casi enfermiza, del sensitivo; dad mayor fuerza á sus necesidades nutritivas; acentuad su carácter enérgicamente y tendréis el retrato moral que describimos.

Les denominaremos pues, *los activos.*

IV. El rasgo dominante en la fisonomía moral que vamos á bosquejar es una impresionabilidad tan tardía en conmoverse como en variar, en extremo tenaz y propia para conservar durante largo tiempo la impulsión recibida. En éstos, la impresionabilidad moral es la que ordinariamente domina; pero una impresionabilidad poco modificable; así es que sus pasiones son sumamente enérgicas, profundas y durables. La imaginación es poderosa.

Si los hombres de este tipo llegan á apasionarse por una empresa cualquiera, lo vivo de su impresionabilidad, lo enérgico de sus deseos y su falta de movilidad, les hacen capaces de largos y difíciles esfuerzos; luchan y resisten denonadamente contra todos los obstáculos.

Aun cuando en ellos las necesidades nutritivas no carecen de energía, ceden generalmente el sitio á las necesidades morales. El hombre así organizado tiene comúnmente tendencia á la melancolía; entrevé el mundo bajo un color sombrío, notándose este matiz de tristeza en todas sus pasiones. Es sumamente propenso al amor apasionado, á la ambición, á la venganza, al fanatismo religioso ó político. Su poderosa imaginación exagera las proporciones de los obstáculos, pero la firmeza de su carácter evita el desaliento.

Dominados por una idea fija, los hombres así constituídos son, generalmente, poco amables. Distraídos, preocupados, desperdician á menudo las ocasiones más favorables de su vida, pero pueden en cambio acumular una gran suma de energía y hacer, en un momento dado, un poderoso esfuerzo. Son, por tanto, los más propios para las grandes faltas ó para las grandes acciones, siempre que su cerebro tenga la potencia que para ello se requiere.

Hablan poco y duermen difícilmente; dspertándose con la misma lentitud.

Son, por excelencia, *los apasionados.*

III

¿Hay grupos de signos físicos apreciables, correspondientes á cada uno de los tipos morales que acabamos de describir?

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

Esta cuestión sería ociosa, si las relaciones necesarias entre lo físico y lo moral del hombre fueran reconocidas y autorizadas por todo el mundo. El hombre es uno, á pesar de las preocupaciones milenarias que afortunadamente van desapareciendo de día en día, pudiéndose formular la siguiente ley:

A todo rasgo moral determinado corresponde una señal física asimismo determinada.

Por tanto, así como hemos podido describir cuatro tipos morales bien caracterizados, vamos ahora á bosquejar otros tantos tipos físicos incontestables que todos los médicos han admitido constantemente hasta nuestra época, la cual justamente encariñada del rigorismo científico les desdeña provisionalmente, esperando que esté determinada su característica anatómica y fisiológica.

Vamos á enumerar los signos físicos groseramente aparentes de cada uno de estos tipos:

1.º Carnes lacias, tejido célulo-grasoso desarrollado, flojo. Rasgos de la fisonomía groseramente modelados, lo mismo que las extremidades. Sistema linfático rico y que se obstruye fácilmente. Circulación y respiración lentas, digestión perezosa, miembros á menudo voluminosos, blandura en los tejidos. Su sangre es en extremo abundante en glóbulos blancos. Resisten mal á la fatiga, al frío; tienen necesidad de una alimentación rica, como también de dormir mucho.

En general, el mecanismo de su organización marcha débil, lentamente. Los sentidos son perezosos, los órganos genitales poco activos. Las enfermedades inflamatorias pasan fácilmente al estado crónico y las reacciones se verifican con gran lentitud. Gran tendencia á los flujos mucosos; color ligeramente sonrosado, cabellos comúnmente rubios ó de un castaño claro.

Es *el temperamento linfático de* los autores.

2.º El segundo tipo está caracterizado por un pequeño desarrollo del tejido celular; un sistema linfático poco desarollado; músculos delgados pero relativamente fuertes, si se trata de un esfuerzo de corta duración. Resisten muchas veces fatigas excesivas, nunca en armonía con la aparente debilidad de su constitución. Pero este resultado, debido á una viva exaltación moral, va ordinariamente seguido de una depresión profunda.

Aunque su sangre es, por lo general, pobre en glóbulos, una moderada alimentación y poco dormir les bastan.

El pulso, ordinariamente débil, es sumamente variable; tienen horror al frío; sus sentidos están dotados de una sensibilidad exquisita. Son poco propensos á las flegmasías, pero en cambio lo son mucho á las neurosis.

Comunmente los rasgos de su fisonomía son finamente modelados.

El té y el café determinan una exacerbación enfermiza en su vida cerebral.

El rasgo dominante de su constitución es una simpatía nerviosa sumamente desarrollada. Por tanto, el más pequeño desorden es vivamente sentido por todo el organismo y perturba todas las funciones.

Este *es el temperamento nervioso.*

3.º Los caracteres físicos del temperamento siguiente, son: una hermosa apariencia exterior, un color ricamente sonrosado, músculos fuertes, una circulación y una respiración que rivalizan aparentemente en actividad, un vigoroso y exigente aparato digestivo y unas funciones generadoras en extremo activas.

Sus músculos son capaces de repetidos y vigorosos esfuerzos; los órganos de los sentidos especiales bien dotados.

Las enfermedades, en ellos, son rápidas, violentas; las flegmasías revisten un carácter agudo.

Su sangre es en extremo abundante en glóbulos rojos, á los cuales no logra el movimiento nutritivo agotar el oxígeno, resultando de ello una fácil armonía entre todas ls funciones durante la juventud. En la vejez tienen tendencias á las enfermedades del corazón, á las congestiones cefálicas, á la obesidad y á las afecciones gotosas.

Ordinariamente el café, el té, etc., excitan poco su sistema nervioso, y mucho menos el alcohol.

Es *el temperamento sanguíneo.*

4.º El cuarto tipo es en extremo diferente.

En vez del seductor aspecto del sanguíneo, tiene

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

por lo común, un color más ó menos pálido y subictérico; ojos ordinariamente negros y expresivos; rasgos fuertemente acentuados. Por lo general, su fisonomía es característica, y la fijeza de su pensamiento le imprime una expresión especial.

Sus cabellos, como sus ojos, son casi siempre negros ó de un pardo oscuro. Generalmente los elementos pigmentarios son abundantes

Su sistema muscular es á menudo rico; sus funciones digestivas se ejercen con actividad. La respiración es profunda y lenta, igualmente que el pulso; la gordura es muy rara en ellos.

La sangre de los capilares de la piel, comparada á la del sanguíneo, se distingue por su menor abundancia de glóbulos, los que son, además, mucho menos rutilantes, más desoxigenados. Nótase, asimismo en ella menos glóbulos blancos que en los linfáticos.

Resisten muy bien la fatiga, siempre que se encuentren en buenas condiciones de alimentación y aeración.

Los excitantes del sistema nervioso (té, café, etc.), determinan una profunda y duradera exaltación de todas sus facultades.

Sin tener la lentitud que las caracteriza en el linfático, las flegmasías raramente toman en ellos un carácter muy agudo. Ls enfermedades más de temer en los hombes de este tipo, son las afecciones del hígado y el cáncer.

Es *el temperamento bilioso.*

CAPITULO III

GENERALIDADES ACERCA DE LOS TEMPERAMENTOS.

I

Los cuatro tipos alrededor de los cuales se pueden agrupar todos los hombres de la raza caucásica fueron descubiertos primitivamente por Hipócrates, que los atribuía á los cuatro humores admitidos por él en el cuerpo humano (sangre, bilis, pituita y atrabilis). Galeno, al admitir asimismo los temperamentos los explicaba por el predominio de ciertas cualidades: la sequedad, el calor, la humedad y el frío.

Sthal los creía enlazados á la estructura de los sólidos y á la consistencia de los humores.

Haller los aceptó también, explicándolos á su manera por una dosis más ó menos fuerte de irritabilidad y por los diversos grados de solidez en los tejidos.

Cabanis fué el que empezó á considerarlos como fisonomías orgánicas mucho mejor localizadas.

Al admitir los cuatro tipos hipocráticos, cada uno de estos autores ha creado á su vez otros nuevos y admitido temperamentos mixtos, de los que nos ocuparemos más adelante.

Todos los hombres eminentes han reconocido y admitido los temperamentos; únicamente la teoría explicativa es la que ha variado según las ideas de la época. Los observadores no teniendo en cuenta los órganos aisladamente considerados, y sí tan sólo los modos generales del organismo, se han encontrado apurados en un gan número de casos particulares, que no se amoldaban á la ley general concebida, á las clases por ellos prefijadas. Hallé fué el primero que comprendió que además de los temperamentos generales, era necesario tener en cuenta los temperamentos idiosincrásicos parciales; pero su trabajo adolece de falta de precisión.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.